

EL RACISMO INTEGRANTE DEL ANTIHAITIANISMO HAITIANO

AGAPITO BAUTISTA BETANCES

El prejuicio racial es una consecuencia de circunstancias históricas que se manifiestan en la estructura ideológica presente en un determinado tipo de sociedad y en las clases sociales que la dirigen.

En el pueblo dominicano el racismo se convierte en un antihaitianismo que, conceptualizado desde el punto de vista sociológico, se puede definir como "una actitud psico-social condicionada por causas históricas, políticas y culturales que han originado un sentimiento despectivo hacia el ciudadano haitiano"¹. Esta actitud puede entenderse como el resultado de la manipulación por parte de la clase dominante dominicana de las relaciones históricas conflictivas entre la nación haitiana y la nación dominicana, y como producto de un prejuicio racial que es muy difícil de comprender en un pueblo que, como el dominicano, es predominantemente mulato y negro.

A continuación, expondremos —inspirados en el trabajo de Lil Despradel²— las fases históricas concretas que han configurado este fenómeno.

1.— Antecedente: Período Colonial.

Cualquier intento de analizar el fenómeno del antihaitianismo en la República Dominicana no puede prescindir, sin más, de una mirada al racismo en el período colonial, como su precedente más remoto.

En realidad, el racismo en las clases altas dominicanas tiene sus orígenes en la época colonial. "En efecto, cuando conquistadores y vencidos pertenecen a dos grupos étnicos distintos, los primeros intentan organizar un sistema de diferenciación étnica que exprese la desigualdad social que ellos defienden. De ello se infiere que una raza, una cultura "inferior", debe ser sometida".³ De ahí que el racismo sea una especie de barrera levantada por un grupo social, para

defender sus privilegios afirmando su superioridad racial y cultural en detrimento de otros grupos a los cuales someten.

En América, la barrera del prejuicio racial se erigió contra el aborigen y el negro africano, para poder mantener una estructura social basada en el trabajo esclavo, en beneficio de los amos colonizadores. "Los modelos de organización económico-social traídos por Europa impusieron su dominio totalizador de tal forma que determinó el modo de producción, la composición social y étnica de la población y todas las actividades de la vida colectiva".⁴

El primer lugar donde se introdujo el comercio de esclavos negros fue en la isla de Santo Domingo, en 1503. Estos esclavos jugaron un papel relevante en la composición demográfica y cultural del resto del Caribe, puesto que al mezclarse con otras razas y culturas, originaron híbridos étnicos y culturales. El predominio de una u otra raza en los híbridos resultantes produjo marcadas diferencias sociales que dieron lugar a una jerarquía social.

Durante la época colonial la jerarquía de los grupos sociales se establecía en base a un doble criterio: el criterio económico y el racial. De estos dos el aspecto racial jugó un papel importantísimo en la composición social. "Siendo blanca la clase esclavista y negra la masa esclavizada, las contradicciones de clases se expresaron por lo general bajo la forma de conflictos sociales. El prejuicio racial quedó plasmado en normas legales, religiosas y éticas".⁵ Desde el punto de vista racial, los grupos sociales estaban diferenciados en varias categorías llamadas "castas" o "razas sociales", es decir, "la manera en que los individuos de una sociedad se definen según los diferentes matices de color, de acuerdo con ciertas características físicas".⁶

De acuerdo a la definición anterior, en América se podían distinguir siete razas sociales:

- 1.— Los españoles nacidos en Europa
- 2.— Los españoles nacidos en América (criollos)
- 3.— Los mestizos, descendientes de indios y blancos
- 4.— Los mulatos, descendientes de negros y blancos
- 5.— Los zambos, descendientes de indios y negros
- 6.— Los indios
- 7.— Otras subdivisiones: Los zambos prietos, producto de negros y zambos; los cuarterones, formados por blancos y mulatos; los quin-terones, producidos por blancos y cuarterones, y los "salto atrás", o aquellos hijos cuyo color era más oscuro que el de la madre.

En la isla de Santo Domingo —especialmente en la parte española—, fue donde el mestizaje racial y cultural se realizó con más éxito. La emigración de los distintos grupos sociales, que constituían las pirámides de la jerarquía, hacia tierras americanas más ricas, relajó las barreras raciales facilitando así la mezcla. Ya a principios del siglo XVII el fenómeno había dado origen a una alta población mulata. Durante todo el proceso del mestizaje de razas y culturas, el

color de la piel permaneció como un distintivo de tipo social, por el cual se mantenían consideraciones bien diferenciadas. Las líneas divisorias entre las capas sociales se observaban con rigor, y rara vez un individuo podía lograr traspasar los límites de la casta a la que pertenecía. "Al propietario blanco y al dignatario de la clase más encopetada se le daba el tratamiento de "Señor Don", al blanco menos favorecido se le daba el de "Don", al hombre libre en cuyas venas alguna gota de sangre africana corría, se le trataba de "Señor" a secas... No existía trato social entre las diferentes clases o castas".⁷

Poco a poco se fue creando una sutil escala de valores dentro de la gama de mulatos. El más blanco, el que se acercaba más a la imagen del blanco europeo, a su raza y civilización "superiores", era el más beneficiado y privilegiado. Tal situación provocó una fiebre obsesiva por blanquearse física y culturalmente. Esta aspiración incentivó en los mulatos el rechazo a los negros, y, aún más, a su propia condición mulata. Pese a que ya para el inicio del siglo XIX la mayor parte de la población de Santo Domingo era de color, "muy pocos se consideraban a sí mismos negros y se hacían llamar blancos de la tierra".⁸

El deseo de blanquear despertó en el mulato dominicano una especie de vergüenza por su mitad africana, por su pasado, y terminó por convertirse en su propio enemigo. De esto se puede entender el porqué y el cómo, en su proceso de asimilación, el mulato adoptara el racismo del blanco colonizador. Resultaba evidente: discriminando al negro, él olvidaba los orígenes traumatizantes que lo llenaban de un sentimiento de inferioridad con respecto al blanco. De ahí se explica también el porqué, cuando el color de su piel manifestaba sus orígenes, acudía a un mecanismo de defensa social frente al blanco, creando una identidad basada en una raza indígena que ya para el siglo XVI había sido exterminada.

Durante la ocupación haitiana, y posteriormente a ella, el tema del indio adquirió mayor fuerza por razones que más adelante explicitaremos. Por ahora basta afirmar que la continua recurrencia al mecanismo del indio fue configurando una raza social, "el indio dominicano", que fue patentizada definitivamente durante la dictadura de Trujillo. Esto tiene su explicación si se toma en cuenta la jerarquía de los grupos sociales que se clasifican atendiendo a la raza, pues ser indio significaba una ascensión racial más aproximativa, en cuanto al color, al modelo: el hombre blanco.

Los datos precedentes son notas aclarantes de por qué en todos los censos que clasifican la población dominicana en colores, la cantidad de blancos e "indios" es siempre superior a la de los negros. Esto porque a la hora de especificar el color, el mulato claro es un "blanco", el mulato oscuro es un "indio", y el negro es un "indio oscuro".

Hasta aquí el esbozo sobre el racismo en el período colonial, como un conjunto de pautas para una mayor comprensión histórica del fenómeno del antihaitianismo en la República Dominicana. Veamos las etapas que se han sucedido en su proceso de desarrollo.

2.— Las etapas del antihaitianismo.

2.1. Los orígenes: La invasión de Dessalines de 1805 y la dominación haitiana de 1822 a 1844.

En el año 1791, los esclavos negros de la parte occidental de la isla, actualmente Haití, se sublevaron contra los amos blancos franceses que les dominaban. Después de intensos años de lucha, la victoria favoreció a la masa esclava. El triunfo de los revolucionarios negros dio lugar a que el 1.º de enero de 1804, Dessalines proclamara la independencia de la primera nación latinoamericana que conquistó de un modo tan heroico su libertad.

La Independencia haitiana provocó el desencadenamiento de una serie de conflictos que marcaron el proceso de alejamiento entre lo que hoy es la República Dominicana y Haití.

Por el Tratado de Basilea de 1795, España había cedido a Francia la parte española de la Isla, es decir, la parte oriental. Esto convirtió al gobierno francés en el único poseedor de toda la isla. En el momento en que los esclavos negros de la parte occidental conquistaron su libertad, estaba al mando de las fuerzas francesas en Santo Domingo el General Ferrand. La postura inmediata que adoptó Ferrand fue la de hostigar el libre crecimiento de Haití como nación. Lo primero que hizo fue expedir un decreto en el cual ordenaba agresiones abiertas en contra de la joven nación. "Este decreto no solamente ordenaba realizar agresiones contra la joven nación vecina, sino que impudicamente disponía la cacería de haitianos, su captura, venta como esclavos y su exportación cual productos agrícolas, y, lo que es más grave aún, la de niños de ambos sexos de 10 a 14 años de edad".⁹

Las constantes agresiones del ejército francés, comandado por el esclavista Ferrand, llevaron a los altos mandos mulatos y negros haitianos a ver una amenaza en las fuerzas militares francesas situadas en Santo Domingo. Eso los obligó a preguntarse hasta qué punto era garantizable la libertad de los negros y del recién nacido Estado, mientras existiera en la Isla un ejército que constituía un peligro para la soberanía de Haití.

Aparte del principio de "la isla es una e indivisible", enarbolado por Toussaint Louverture, estas razones fueron determinantes para que en 1805 Dessalines organizara la invasión de la parte oriental de la Isla, con el fin de ocuparla y expulsar el núcleo de franceses que quedaba en Santo Domingo.

Pero los haitianos fracasaron en el intento de lograr sus objetivos, y sus tropas, constituidas en su mayoría por antiguos esclavos, cometieron numerosas acciones abominables al replegarse a Haití: saqueos, violaciones, degüellos y asesinatos incluso de sacerdotes refugiados en sus iglesias. "Al verse frustrado en sus esperanzas y burlado por las circunstancias, Dessalines montó en cólera. Su irritación y su despecho no tuvieron límites. Se enorgullecía de haber ordenado a

sus subalternos que por doquier arrasaran con el territorio enemigo por el que volvieron a pasar. Y de tal suerte, la retirada del ejército haitiano fue uno de los episodios más dramáticos y sangrientos de una dramática y sangrienta historia. Incendio de chacras; destrucciones de ganado; fusilamiento de rehenes; apresamiento de mujeres y niños, la brutal transferencia de los mismos al Oeste, detrás del ejército; nada faltó a tan triste cuadro de inútiles horrores. Para Dessalines, la gente del Este se asemejaba a los blancos franceses, sus sempiternos enemigos”¹⁰

A partir de estos acontecimientos se quedó fija en los dominicanos la conciencia de que los peores enemigos suyos eran sus vecinos de Haití. Desde entonces, por contraposición, aceptaron definitivamente la blancura, opuesta a la negrura haitiana, y la catolicidad, opuesta a las prácticas del Vodú.

Visto esto, podemos afirmar que el antihaitianismo del pueblo dominicano hunde su raíz histórica en las invasiones de Dessalines. Sin embargo, no es sino hasta la Ocupación Haitiana de 1822 cuando se consolida. Ya desde esa época el rechazo del haitiano toma tanta fuerza que se convierte en uno de los elementos claves en la lucha por la independencia.

Todavía hasta poco antes de la ocupación existía entre las clases altas y medias dominicanas, un racismo remanente de la situación colonial, que se convierte en antihaitianismo a partir de 1822. Señalemos tres factores que contribuyen al crecimiento del prejuicio contra el haitiano: *el factor económico, el factor racial y el factor cultural.*

2.1.1 Factor Económico.

Los grandes propietarios dominicanos —de tierras y esclavos— fueron afectados por algunas medidas económicas tomadas por Boyer. Entre esas medidas fueron determinantes las siguientes:

- a) La abolición de la esclavitud de los negros de la parte oriental de la isla;
- b) La nacionalización de tierras, especialmente las que pertenecían a los emigrantes de las clases dominantes del entonces, y a la Iglesia. Al mismo tiempo ordenó la distribución de las mismas a los antiguos esclavos.

A estas dos medidas capitales se une la obligación impuesta a los dominicanos de cooperar económicamente a pagar la deuda contraída por los haitianos con los franceses, como indemnización por la guerra de independencia; y el monopolio mantenido por el comercio haitiano que provocaba un fuerte recelo en los comerciantes dominicanos, quienes veían peligrar su desarrollo socioeconómico.

Tal situación llevó al grupo de los comerciantes nativos a que jugaran un papel prominente en la lucha por la Independencia nacional; una participación activa motivada por intereses económicos más que por otros principios. Esta

afirmación encuentra apoyo en el siguiente texto del general Gregorio Luperón: "...el pueblo dominicano defendía más que su independencia, su idioma, la honra de sus familias, la libertad de su comercio".¹¹

2.1.2 Factor Racial,

Las clases medias urbanas, los hateros y los comerciantes, manifiestan un profundo prejuicio racial hacia el hombre negro. Esto, junto al prejuicio cultural, marcó decisivamente el desarrollo del antihaitianismo. La población blanca y mulata dominicana miraban a los negros con odio. No soportaban estar gobernados por semejante raza. En este caso esa raza negra era el pueblo haitiano.

Refiriéndose a este factor racial dice Bathurst: "El pueblo dominicano expresa en un lenguaje vago los cargos contra Boyer y contra el gobierno haitiano, pero está establecido el hecho de que, la población blanca y de color de la parte oriental de la Isla, miraba a los negros con odio y tenía para ellos un aborrecimiento enorme".¹²

En el momento de la Ocupación haitiana, la población dominicana estaba constituida por blancos y mulatos españolizados, y por negros en condición de esclavos cuyo destino era el trabajo en la agricultura y en los hatos, fundamentalmente.

Entre los blancos y mulatos primaba un fuerte racismo que habían heredado de los españoles; la idea de la superioridad de un hombre sobre otro en virtud del color de la piel. Tenían la falsa conciencia de constituir una comunidad lingüística, étnica, cultural, religiosa y jurídica con España. En estos dos grupos se daba un total sentimiento de hispanidad. Pero este sentimiento se veía humillado con la presencia dominante de los haitianos. No podían concebir que un grupo de hombres pertenecientes étnica y culturalmente a una categoría "superior" estuviese dominado y controlado por unos "salvajes" que por años habían vivido como esclavos.

Por otro lado, aunque parezca paradójico y contradictorio, el mismo esclavo negro se sentía racial y culturalmente superior al negro haitiano. Este sentimiento es fruto de las condiciones distintas en que a uno y al otro se le explotaba por el trabajo esclavo.

La idea de superioridad sobre el negro haitiano es un fenómeno curioso, pero tiene explicación si se toma en cuenta que las relaciones de producción entre el amo hatero y los vaqueros esclavos, eran distintas a las existentes entre los esclavos de las plantaciones de caña de azúcar, café, algodón, etc., y los amos de la antigua colonia francesa. Es decir, el negro de los hatos de la parte dominicana realizaba su labor esclava en mejores condiciones que el negro de las plantaciones francesas, donde el trato, por la misma esencia del trabajo se había más inhumano. "El trato dado a los esclavos de los hatos ganaderos se explica claramente porque el vaquero esclavo, además de andar a caballo, por las nece-

sidades mismas del trabajo y disfrutar de cierta libertad de movimiento en las vastas zonas de crianza libre, laboraba siempre armado... Es muy distinto mantener relaciones productivas con un esclavo desarmado, encadenado durante las noches en un barracón, cuidado mientras trabaja por mayores armados, que con otro aviado del cuchillo y machete".¹³

El mismo hecho de poder montar a caballo ya dio al negro dominicano cierto aire de superioridad respecto al haitiano, pues, ¿quién era el que podía montar y pasearse a caballo sino el amo blanco tanto de la parte española como de la parte francesa de la Isla? Para el esclavo dominicano, el poder hacerlo suponía un ascenso; un acercarse al modelo del dominador europeo.

Estas circunstancias alejaron definitivamente al negro dominicano del negro haitiano. Negros de un tronco común a los que el devenir histórico separó en virtud de una superioridad fundada en la distinción de un trabajo esclavo, que en definitiva no dejó de ser eso: trabajo esclavo.

Tanto el racismo de los blancos y mulatos dominicanos, así como la idea de superioridad de nuestro negro, configuran el factor racial tan importante para comprender el prejuicio antihaitiano que impera en una gran parte del pueblo dominicano.

2.1.3 Factor Cultural.

Los dirigentes haitianos llegados en 1822 eran culturalmente distintos a la minoría blanca y a los mulatos dominicanos españolizados. Los haitianos habían orientado su aculturación hacia la reinterpretación de los valores franceses, en términos afrohaitianos. Mientras que los dominicanos de ese momento histórico continuaban bajo la influencia española "en los campos lingüístico, étnico, religioso y jurídico, que se traducían en modelos de organización social y de conciencia colectiva".¹⁴ En la élite dominicana se daba un profundo hispanicismo cultural tributaria de España.

La tendencia afrohaitiana de los pobladores de Haití fue más marcada en los estratos inferiores de la población, de tal modo que llegaron a efectuar un cimarronaje cultural. Eso dio lugar a una cultura haitiana que afirmó su particularidad frente a la dominicana y a las demás culturas caribeñas.

El historiador haitiano Bellegarde habla de una carta escrita por el General Bonnet, en la que ponía en claro las diferencias que a corto plazo iban a obstaculizar la integración entre los pobladores de ambos pueblos: "...el Este tenía una población nómada de costumbres simples, eminentemente religiosas, habituada a los gobiernos civiles. Nosotros vamos a implantarles nuestro espíritu de insubordinación y de desorden, nuestro despotismo militar, nuestros principios. Nuestros oficiales llevarán a sus concubinas queriendo que sean aceptadas por las familias españolas habituadas al matrimonio".¹⁵

A los elementos ya señalados, se les une el cierre de la Universidad y del Colegio-Seminario, que fue ordenado por Boyer, así como la imposición del idioma francés a los intelectuales dominicanos en los actos judiciales y oficiales. Por otro lado, algunas medidas tomadas afectaron directamente al sector eclesástico provocando un choque inmediato del gobierno con el clero católico, cuya influencia sobre una población esencialmente religiosa era importante. Este clero vio arrebatados sus privilegios e inmunidades atribuidas por el papado al Arzobispo de Santo Domingo.

De modo que uno de los primeros grupos en sufrir los efectos de la dominación haitiana fue la Iglesia, "específicamente el Arzobispo —Monseñor Valera—, con su Catedral, cuyas propiedades, en particular las tierras fueron confiscadas y cuyas otras rentas, entre ellas los censos y las capellanías, fueron extinguidos por una ley promulgada en 1823".¹⁶

En 1840 el gobierno haitiano promulgó una ley por la que la mujer dominico-haitiana adquiría personalidad jurídica, un siglo antes que la mujer francesa. Esta medida la facultaba para administrar sus bienes y tomar sus propias decisiones, sin tener que contar con la anuencia permisiva del marido.

Tales medidas y determinaciones, entre otras, hirieron profundamente las clases alta y media dominicanas, acostumbradas a una imitación fiel del ser cultural español, donde la Iglesia y el Estado formaban un solo cuerpo —por lo que la primera gozaba de inmensos privilegios—, y donde la mujer estaba sometida a la tutela marital. Ya desde entonces esas élites comienzan a configurar imágenes que definen la cultura haitiana como una mezcla repugnante de la corrupción francesa y de los extraños hábitos del esclavo africano. Al mismo tiempo consideraron su religión como "un algo desnudo de revelación consistente en una amalgama de creencias ridículas fundadas en augurios y quimeras, y en el insulto del dogma".¹⁷

2.2 Período postseparatista,

En los años previos a la Ocupación haitiana, y ya en plena Ocupación, había una fuerte tensión en la actividad política dominicana entre los negros, los mulatos y los blancos. Estos últimos acusaban a los dos primeros de prohaitianos.

Después de consolidada la Independencia, los negros y los mulatos más oscuros continuaron siendo acusados de ser haitianófilos. "Sánchez y Luperón no fueron ajenos a estas acusaciones. Es decir, que el color muy tostado, además de ser poco valorizado socialmente, implicaba para ciertas tendencias colonialistas relaciones políticas o ideológicas con Haití".¹⁸

Un modo de los blancos españolizados mantener la hegemonía, era lograr que los negros y los mulatos se mantuvieran fuera de todo puesto de alta influencia política. Así permanecería intocable la "casta" privilegiada de los tiempos de

la colonia. Los rumores de masacrar blancos era uno de los argumentos favoritos de los blancos criollos para sensibilizar a las potencias europeas y atraer hacia sí su apoyo. Además esas mismas potencias se mostraban partidarias de las ambiciones de la minoría blanca, porque así les sería más fácil su injerencia en los asuntos internos de la reciente nación dominicana. Esta afirmación encuentra apoyo en el siguiente texto del Cónsul francés, contenido en una correspondencia del 20 de enero de 1848: "...hoy viendo en la presencia de los blancos una garantía de seguridad, este gobierno parece estar determinado a establecer ventajosamente sobre su territorio, trabajadores, y sobre todo, agricultores europeos; y preconiza con ardor, un proyecto mediante el cual se le ofrece a los extranjeros, para atraerlos a la República Dominicana: tierras, préstamos de dinero, e instrumentos aratorios".¹⁹

El color de la piel implicaba una toma de posición política. Por esta razón, durante muchos años, políticos de gran incidencia, negros y mulatos, fueron acusados de manifiesta inclinación y simpatía por los haitianos.

Se hacía urgente, entonces, orientar la atención hacia cualquier otro punto que sirviera para mitigar todo tipo de influencia negra. De allí que la ideología racial de las clases dominantes se propuso, con la vuelta al indio y la represión del Vodú, hacer desaparecer los orígenes negroafricanos de la nacionalidad dominicana.

2.3 La vuelta al indio y la represión del Vodú.

En las últimas décadas del siglo XIX, algunos escritores dominicanos se lanzaron a la búsqueda de una forma de expresión propia frente al blanco europeo. Una búsqueda que ya de antemano rechazaba cualquier aporte negro, considerándolo como bárbaro y degradante. Produjeron, como la novela *Enriquillo*, de Manuel de Jesús Galván, y los poemas de José Joaquín Pérez, *Fantasías*, obras de gran valor, inspiradas en la tragedia del indio después del arribo de los conquistadores.

Ahora bien, sin ninguna intención de desvalorizar el aporte literario que tales obras representan, cabe una pequeña suspicacia: ¿no era menos comprometedor para la clase media y alta dominicanas, hispanistas o indigenistas, el respirar el espíritu de los indios, que el olor del sudor negro que trabajaba en los campos de caña? ¿No sería más honorable tener por antepasados —junto a los españoles—, a Anacaona y a Enriquillo, que a un negro africano? En la mentalidad de la época el negro era el inculto, el peón, el desempleado. El negro formaba parte de una realidad social y cultural que el mulato y el "blanco criollo" querían superar.

De ese modo se inició una mistificación progresiva del indio. Poco a poco, el lenguaje cotidiano se adaptó a esta ideología racial y a los mulatos que no podían pasar por blancos se les llamaba indios.

Lentamente el factor cultural, junto al racial, se convirtió en un elemento clave para el desarrollo del prejuicio contra el haitiano. Cualquier tipo de manifestación cultural de esencia africana se consideró salvaje. Por eso en la República Dominicana se inicia una persecución contra el Vodú, que es uno de los elementos fundamentales de la cultura del pueblo haitiano; un sincretismo cultural y religioso de tres razas: la negra, la indígena y la blanca; una reinterpretación de ritos y ceremonias católicas en términos de cultura religiosa africana, y viceversa.

El Vodú constituye, para la mayor parte del pueblo haitiano, "el lugar de integración comunitaria de los miembros rechazados por la sociedad, permitiéndoles tener unas normas sociales, participar en distintos papeles y ejercer funciones propias".²⁰ También es una fuerza de resistencia; una fuerza liberadora que jugó un papel valiosísimo en las luchas libertarias del pueblo haitiano. Al mismo tiempo realiza tres funciones: la de cohesión social —contra el distanciamiento creado por la situación de esclavitud—; de compensación psicológica —contra el sentimiento de ruptura (familiar, tribal)—; y de afirmación cultural —contra la distancia cultural: el modo distinto de ver la vida los amos y los esclavos.

No obstante esto, el Vodú fue atacado y se crearon mecanismos de defensa cultural que, utilizando la literatura, los periódicos y hasta las fuerzas policiales, reprimían toda manifestación cultural de procedencia africana. Lentamente se fue poniendo en boca del pueblo un lenguaje discriminatorio ideado desde arriba. Podemos ver un ejemplo con Juan Antonio Alix (1833-1918), poeta popular que escribía con el lenguaje de los campesinos del Cibao. En sus décimas tituladas "Diálogo cantado entre un dominicano y un haitiano", pone en boca de un campesino la discriminación cultural contra el Vodú:

"Yo salí de Jicomei
y he venío a Dajabón
pa' bei si jalle ocasión
de cantai con un mañé
Que saiga cuaiquiei musié
pa' que vea si soy letráo
por bini con piquería
le acabo su brujería
poi Dio con este encabao".²¹

Poco a poco se fue generalizando la idea de que el haitiano era un salvaje antropófago —come gente—, y en los periódicos aparecían titulares como éste: "Acusan haitiano comer niño".²² El mito del haitiano que "come gente" se fue

extendiendo progresivamente en el seno de la población dominicana (campesinos, estudiantes, intelectuales), y se convirtió en uno de los principales argumentos antihaitianistas. De modo que fue creciendo una atmósfera que hizo del haitiano un ser extraño, cruel, supersticioso, hechicero, ladrón, con poderes mágicos, inferior y no digno del menor afecto.

Afirmaba anteriormente que en el proceso de formación del prejuicio contra el haitiano, los intelectuales dominicanos habían jugado un papel muy importante. Se puede afirmar, sin lugar a dudas, que fueron ellos quienes establecieron el marco ideológico que sirvió de base para la justificación y el crecimiento del anti-haitianismo. Entre esos intelectuales, los historiadores jugaron un papel relevante. Pertenecen a un primer grupo que llevó el fenómeno a las escuelas y a las universidades. Un segundo grupo estaba constituido por los pasivos que no profundizaban la herida, pero tampoco la curaban —indiferentes—.

Los historiadores pertenecían a las capas superiores de las clases medias urbanas, muy ligadas a la burguesía y, de un modo o de otro, tenían que explicarse y explicar los orígenes de la nación dominicana. Hay tres que están especialmente implicados al fenómeno en cuestión: José Gabriel García, Américo Lugo y Manuel Arturo Peña Batlle.

Con José Gabriel García (1834-1910), en su *Historia Moderna de la República Dominicana*, se ponen de manifiesto rasgos explícitos del rechazo al haitiano. "...las comarcas fronterizas, víctimas de especulaciones ruinosas que las han convertido en tributarias de Haití, a ciencia y a paciencia de los gobiernos dominicanos que, ocupados en sus querellas oposicionales, las han visto con la más grande indiferencia y las han mantenido en el mayor abandono hasta irles dejando perder la pureza del idioma y la moralidad de las costumbres".²³

Para Américo Lugo (1870-1952), lo esencial era desafricanizar el país: "Mientras el gobierno no esté en condiciones de desafricanizar las fronteras difundiendo la instrucción por todos los ámbitos de la República... no debe desoír el clamoroso ruego de los que son víctimas del estado de insalubridad moral de esas regiones... ni se podría establecer siquiera que son efectivamente dominicanos, por hallarse completamente haitianizados y ni siquiera haitianizados, sino africanizados, por virtud de la fatal regresión del individuo a sus orígenes en cuanto queda abandonado a sí mismo".²⁴

De este párrafo se puede colegir que para Américo Lugo sólo alcanza la categoría de dominicano aquél que había adquirido una cierta "cultura": la hispánica. Es decir, para ser un auténtico dominicano había que renunciar a una parte de la propia identidad y asimilarse al modelo por excelencia, el hombre blanco hispánico. De ahí que los haitianos fuesen molestos por el gran potencial de elementos africanos constitutivos de su cultura.

En esta misma línea gira, posteriormente, el pensamiento de Manuel Arturo Peña Batlle (1902-1954). Durante la dictadura de Trujillo, Batlle se convirtió en

el paladín, en la vanguardia del antihaitianismo. Su pensamiento al respecto queda reflejado en el siguiente texto: "No hay sentimiento de humanidad, ni razón política, ni conveniencia circunstancial alguna que puedan obligarnos a mirar con indiferencia el cuadro de la penetración haitiana. El tipo transportado de esa penetración no es ni puede ser el haitiano de selección, el que forma la élite social, intelectual y económica del pueblo vecino. Este tipo no nos preocupa porque no nos crea dificultades; ese no emigra. El haitiano que nos molesta y nos pone sobre aviso es el que forma la última expresión de allende la frontera. Ese tipo francamente indeseable, de raza netamente africana, no puede representar para nosotros incentivo étnico ninguno, desposeído en su país de medios permanentes de subsistencia es allí mismo una carga, no cuenta con poder adquisitivo y, por tanto, no puede constituir un factor apreciable en nuestra economía. Hombre mal alimentado y peor vestido, es débil aunque muy prolífico por lo bajo de su nivel de vida. Por esa misma razón el haitiano que se nos adentra vive infectado de vicios numerosos y capitales, y necesariamente tarado por deficiencias fisiológicas endémicas en los bajos fondos de aquella sociedad".²⁵

En la actitud de Batlle frente al haitiano, hay que tener en cuenta que priman unos intereses de clase bien definidos. Además hay que notar, por el párrafo anterior, que hace una distinción entre el haitiano clase alta y el haitiano clase baja. Su rechazo no va contra todos los haitianos, va sólo contra los de una condición social más pobre. No le es conveniente entrar en controversia con su clase homóloga de Haití.

Es corriente el hecho de que la clase alta de cualquier país se oponga a la masa, en virtud de su posición económica y política, y de su cultura. "En esta primera parte del prejuicio, las élites dominicanas se acercan a los grupos de las élites haitianas. Por su posición en la estructura social aquéllos no discriminan a éstos".²⁶ Pero sí se preocupan por distanciarse a las clases pobres sobre las que se apoyan, creando entre ellas fricciones de tipo político, racial y cultural.

Se pueden observar tres consecuencias de semejante ideología clasista: a) Entre las clases elitistas de ambas naciones no se acentúa la manifestación del prejuicio, y si aparece es muy sutil. b) En las clases bajas la oposición racial alcanza su máxima expresión. Aquí el racismo se da en todas sus manifestaciones. c) Tanto en la clase pobre dominicana, como en la haitiana, la manifestación del rechazo desaparece en su totalidad cuando el objeto del mismo es un miembro de la clase dominante.

2.4 La Era de Trujillo: la plena madurez del antihaitianismo.

Durante la dictadura de Trujillo el antihaitianismo adquirió su forma definitiva, siendo Peña Batlle su mayor exponente. "El racismo fue uno de los elementos componentes de la ideología trujillista, y es precisamente durante el trujillato

que alcanza su más amplia difusión, insistiéndose en la herencia "hispanica" y rechazando o al menos despreciando las innegables influencias africanas todavía visibles en la cultura dominicana".²⁷

Aunque el régimen trujillista no representaba, aparentemente, ninguna clase social, adoptó los valores de la clase dominante, llevando al extremo su ideología racial. En 1937, las élites agudizaron sus gritos para que se limpiara al país de la presencia haitiana. Las quejas, intrigas, denuncias y aclamaciones se prolongaron hasta que se originó la acción que dejó como resultado la matanza de unos 18 mil haitianos; un genocidio sin precedentes en la historia dominicana.

Tras la masacre de los haitianos se agilizó la demarcación y dominicanización de la frontera.

Al perpetrarse la matanza, era necesario crear una atmósfera que favoreciera a los que la realizaron ante la opinión pública. Así nos encontramos con el Doctor Joaquín Balaguer que, en su calidad de ministro de la República Dominicana en Colombia, escribió una carta al director del periódico "El Tiempo" fechada del 11 de octubre de 1945, en la que decía: "¿Existe alguna razón de humanidad o de cualquier otra índole que se oponga al derecho que tiene la República Dominicana de aspirar a subsistir como comunidad española?... Los incidentes de 1937, contrariamente a lo que afirman los enemigos del gobierno dominicano, fueron provocados por las incursiones armadas que las poblaciones de Haití, radicadas en las zonas fronterizas, venían realizando con frecuencia sistemática, sobre las provincias del norte del país, para apoderarse de los frutos y del ganado de nuestros agricultores".²⁸ Esta justificación resulta absurda si se tiene en cuenta que la matanza no sólo se dio en las fronteras, sino que se extendió a todos los lugares del país donde hubiese un haitiano.

En otra carta escrita para la misma fecha a importantes personalidades colombianas, expresa criterios que pudieron haber provocado la matanza: "La República Dominicana se estaba rápidamente haitianizando y el sentimiento de la solidaridad nacional se iba corrompiendo entre los haitianos de la antigua parte española de la Isla. El Vodú, la religión nacional de Haití, especie de un animismo africano de la peor extracción, era ya el culto preferido de toda la población dominicana radicada en las zonas fronterizas... La población campesina, por efecto del contacto con lo peor del pueblo haitiano, iba adquiriendo costumbres tan anticristianas como las de las uniones incestuosas".²⁹

Se hacía urgente justificar la masacre. Por eso se intensificó, a través de la radio, la prensa y la escuela la propagación del antihaitianismo. Eso acrecentó el prejuicio tan anticristianas como las de las uniones incestuosas".²⁹

Después de la muerte de Trujillo, la actitud antihaitianista de los intelectuales y de los principales componentes del aparato estatal se mantuvo con igual intensidad, con muy poca variación hasta hace pocos años.

2.5 El antihaitianismo en la actualidad.

El prejuicio contra el haitiano sigue siendo un fenómeno del cual quedan reminiscencias en un amplio sector de la población dominicana. Pues, como ha de esperarse, no es fácil eliminar un sentimiento que por más de un siglo se ha venido alimentando e incentivando.

Realmente el rechazo al haitiano se ha convertido en unaparte constitutiva del ser psico-social del dominicano. A nuestros abuelos y padres les enseñaron a rechazar cualquier manifestación del pueblo con el que compartimos la Isla. También nosotros, ya desde pequeños y en nuestro proceso de crecimiento, fuimos aprendiendo a rehusar el contacto con el haitiano.

De modo que tanto nuestro pueblo de ayer —víctima instrumentalizada de maquinaciones con intereses socio-político-económicos bien definidos—, como nuestro pueblo de hoy —consecuencia inocente de un pasado de odio—, han contribuido a hacer más pesada la carga de una nación que, como la haitiana, ha sido desfavorecida por la naturaleza de su suelo y por su mismo proceso histórico.

- Ahora bien ¿a qué responde el prejuicio racial antihaitianista en la República Dominicana?

"El prejuicio racial es un reflejo de las relaciones sociales de producción existentes en la sociedad".³⁰ Es un modo de expresarse la conciencia social de las clases dominantes en el marco de su actividad y de sus intereses materiales. Es decir, es un producto de las relaciones materiales predominantes. De modo que se puede afirmar que el antihaitianismo responde a un prejuicio racial utilizado como instrumento ideológico por la clase dominante, cuyo interés es ofrecer falsas respuestas al problema haitiano.

El antihaitianismo se ha desarrollado y sigue vigente en el pueblo dominicano, debido a que se han patrocinado campañas en su favor incrementando la idea de que es buen dominicano y nacionalista aquél que odia al haitiano. Todavía persiste en la concepción ideológica de los grupos dominantes, y por extensión de éstos en los dominados, la idea de que el haitiano por ser negro es de raza inferior, y que aunque su contribución a la economía del país sea muy importante, hay que mantenerlo aislado.

Como bien es sabido, aún persiste un bombardeo ideológico que se expresa en hechos simples como es la tendencia de culpar a los haitianos de las calamidades que afectan al país; o la reiterada amenaza de invasión —motivo explotado para justificar el crecimiento, en número y en armas, del ejército dominicano—; o la provocación de revuelos en torno a la presencia haitiana cuando se quiere atraer la atención nacional hacia un ángulo totalmente distinto al que en el momento histórico está sobre el tapete del re juego político, económico o social.

Es muy frecuente encontrar niños y personas adultas que le temen a los haitianos, porque el haitiano "come gente", "hace brujería", "se convierte en muchas cosas" (animales, palos).

Otros, en cambio, los inferiorizan y ridiculizan con frases como éstas: "haitiano hediondo", "el haitiano es comida de puercos", "el haitiano no es gente", "yo no quiero saber de esos pájaros", "yo no corto la caña porque ese es un trabajo de animal —y el animal es el haitiano—".

Al viajar en guaguas públicas por las zonas cañeras se pueden descubrir manifestaciones patentes del antihaitianismo: "Yo no me voy a montar porque ahí dentro van haitianos", "mira chófer, si tú montas a esos haitianos yo me bajo".

En los bateyes, el bracero haitiano es objeto de una gran discriminación y engaño. El más bajo nivel del trabajo le corresponde a él: cortar la caña.

En las mismas iglesias próximas a los lugares donde hay haitianos, no faltan ocasiones en las que un feligrés se cambie de banco, porque en el que estaba se sentó un "haitiano".

De cuando en cuando aparecen escritos periodísticos y publicaciones de libros en los que se menoscaba la condición haitiana. Citemos como ejemplo la más reciente obra de Balaguer, *La Isla al revés*, en la que dice que "el contacto con el negro —entiéndase el haitiano—, ha contribuido, sin ningún género de dudas, a relajar nuestras costumbres".³¹

Pese a esas proyecciones negativas, se percibe, con gran esperanza, una profunda sensibilidad positiva de cara al pueblo de Haití. Va creciendo un hondo sentimiento de solidaridad en diversos niveles de la población: en el área de los intelectuales, de los estudiantes, en las organizaciones populares, en el campesinado, en un gran número de miembros de la Iglesia católica, etc. Un gran sector de nuestro pueblo va tomando cada vez más conciencia de que ya no hay razón para odiar al haitiano; de que se manipuló el hecho histórico (la matanza de Dessalines al replegarse a Haití, la Ocupación de 1822 a 1844), para mantener separados a ambos pueblos, por intereses políticos, económicos y sociales, y por complejos raciales y culturales; que hoy por hoy, tanto a la burguesía haitiana como a la dominicana, les conviene mantener alejadas a las capas bajas de ambas naciones y matar todo indicio de colaboración; que Haití, lo mismo que la República Dominicana, está clamando por justicia social; que tenemos una historia común en sus orígenes y que se cruzan en muchas etapas; y que las generaciones que ahora hacen historia en ambas tierras, no tienen por qué mantener tensiones que sostuvieron las generaciones pasadas.

Esta toma progresiva de conciencia es una muestra de que hay una disminución, aunque sea muy mínima, del antihaitianismo en la República Dominicana. Disminución del tabú de un pueblo que, siendo eminentemente mulato y negro, ha preferido llamarse "indio" y blanco, alejándose así de sus raíces africanas, y aferrándose a una cultura hispánica que no lo identifica ni define coherentemente en sus manifestaciones culturales y religiosas, sino que le aleja de su propia identidad.

NOTAS

1. Richardson, Pedro, "Antihaitianismo, origen y evolución de un estereotipo". El Nacional, Santo Domingo, 14 de agosto de 1983.
2. Despradel, Lil, "Las etapas del antihaitianismo en la República Dominicana", en Gerard Pierre-Charles y otros, Política y Sociología en Haití y en la República Dominicana. México: Instituto de Investigaciones Sociales. 1974.
3. Idem, p. 83.
4. Pierre-Charles, Gerard, El Caribe Contemporáneo. México: Siglo XXI, 1981, p.12.
5. Madruga, José Manuel, Azúcar y haitianos en la República Dominicana. Tesis de sociología presentada en la Universidad de Madrid, 1984.
6. Wagley, Charles, Races et classes sociales dans le Bresil rural. París, 1965, citado por Despradel, p.84.
7. Welles, summer, La Viña de Naboth. I. Santo Domingo; Editorial Taller, 1981, p.23.
8. Moya Pons, Frank, "Notas para una historia de la Iglesia en Santo Domingo". Eme-Eme 6 (1973) 10.
9. Cordero Michel, Emilio, La Revolución haitiana y Santo Domingo. Santo Domingo: Editora Taller, 1974, p.87.
10. Ibid, p. 97.
11. Luperón, Gregorio, Notas autobiográficas y apuntes históricos. I. Santo Domingo: Editora de Santo Domingo, 1974.
12. Bathust, E., "Hispaniola, Haití, Saint Domingue", en Emilio Rodríguez Demorizi, Documentos para la historia de la República Dominicana, III. Santo Domingo, 1959, p. 470.
13. Cordero Michel, p. 102.
14. Pierre-Charles, Política y Sociología..., p.28
15. Bellegarde, Dantes, Historia del pueblo haitiano, citado por Despradel, p. 91.
16. Moya Pons, p.12.
17. Cordero Michel, Emilio. Curso de historia social, económica y política. Santo Domingo: UASD (mimeografiado)
18. Despradel, p. 94.
19. Ibid.
20. Coll, Jorge, Haití: Apuntes sobre su historia. Santo Domingo: Instituto Nacional de Pastoral, 1980, p. 24.
21. Alix, Juan Antonio, Décimas.
22. El Orden, Santiago, marzo de 1875.
23. García, José Gabriel, Historia Moderna de la República Dominicana. Santo Domingo: Imprenta de García Hnos., 1906, p. 143-144.
24. Cfr. Manuel Arturo Peña Batlle, La Frontera de la República Dominicana con Haití. Ciudad Trujillo: Ed. La Nación, 1946, p. 89.
25. Idem.
26. Despradel, p. 104.
27. Vilas, Carlos y otros, Imperialismo y clases sociales en el Caribe. Buenos Aires: Cuencas Ediciones, 1973, p. 148.
28. Cfr. Carlos Cornielle, Proceso histórico dominico-haitiano. Santo Domingo: Publicaciones América, 1980, p. 239-240.
29. Ibid., p. 242-243.
30. Madruga.
31. Balaguer Joaquín, La Isla al revés: Haití y el destino dominicano. Santo Domingo: Ed. Corripio, 1984, p. 45.